

PRIMER PUESTO

El dictador

Erik González Ibarra
“Sentipensante”

Licenciado en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
e.alternartes@gmail.com

1

Toda la noche rogó a sus dioses para que este nunca acabara,
un sudor frío, proveniente de los huesos completamente su
cuerpo bañaba,
el temor al ver correr las horas de su existencia en pleno se
apoderaba.

Sabía que, al aclarar el día, él sería quien con todo acabaría;
al ver despuntar el alba, los rostros de sus anteriores muertos le
acosaron,

con el canto de los gallos, la muerte le anunciaron:

¡Fuera dictador!

¡Fuera dictador!

¡Muerte al dictador!

El eco resonaba en su interior...

De nada valía,
ese ruido no apaciguaría
su deseo de gobernar esta patria amada;
en ella ver su victoria política perpetuada,
aunque cualquier Constitución deba ser cambiada
o alguna gobernanza por la fuerza derrocada;
la autoridad ha de ser sembrada,
protegida de la peste democratizada.

Estas ideas en su mente rondaban
desde que en la guerra las verdades le fueron reveladas;
allá su misión fue concretada
él debía liberar a su nación

de todo rastro de comunismo y opresión.
No importaba que, por ello, lo tildaran de dictador,
loco y manipulador;
de los derechos humanos opositor.
¡Aquí todo vale por no dejar avanzar la revolución!

Al triunfar en la batalla,
la victoria debía ser cuidada;
por esto, la ejecución de los opositores fue inmediatamente
ordenada.
Oprimir, reprimir y controlar:
la dictadura ha vuelto a comenzar...

Él tenía claro que, para poder ver más lejos, debía volar más alto;
de ese modo, usurpando el nombre del Cóndor sobre el Cono sur,
extendió su brazo,
asociándose con unos otros cuantos.

Hasta la CIA
depositó recursos en la cuenta de esta arpía,
que una opresión continental organizaría
las barbaries más oscuras realizaría.
Él ya a nada temía,
por fin todo el poder poseería,
nunca más lo soltaría,
el pueblo la seguridad democrática alcanzaría,
él su misión cumpliría,
la anarquía erradicaría,
como gobernante se inmortalizaría.

II

En los parques y las plazas, la turba enardecida proclamó:

¡Fuera dictador!

¡Fuera dictador!

¡Muerte al dictador!

Contra los muros se agolpaban,
no existió poder humano que los controlara;
el pueblo efervecido
se negó a seguir siendo oprimido,
torturado,
brutalmente cercenado,
simplemente por su opinión haber expresado
o contra el tirano su voz haber alzado.

Entre gritos, cacerolas y bombazos,
se propusieron sacar al dictador de su regazo,
no estaban dispuestos a seguir haciendo caso
al temor que los ataba en antaño de pies y brazos.

Era el momento de acabar con un estado
que, contra el pueblo, su arma estaba empuñando
y sin rastro de piedad la iba accionando.

Muertos, heridos, desaparecidos,
falsos positivos,
de la Guerra Sucia querían lavar sus vestidos
haciendo evidente que sus esfuerzos no se habían perdido;

era momento de espantar al Cóndor del nido
exponiendo sus huevos ante el señorío
para que pagaran por lo cometido.

Los que escaparon del Olimpo
ya se querían olvidar de los gritos y gemidos,
pero no permitirían que, de sus torturas, el Dictador pasara
en limpio,
lo harían sufrir cada azote, cada martirio.

III

Con sus ollas y peroles,
llenos de hambre y desilusiones,
de escasez y falta de abundes,
por fin, decidieron enfrentarle.

Con el arma de la desesperación, salieron a las calles;
ya no tenían miedo a que, en el toque de queda, les disparasen.

Junto al temblar de las estructuras internacionales,
se le reveló el fin de sus aventuras militares;
ya la gente de ninguna parte creía en sus locuras monumentales,
y, hasta el pajarito que le revelaba los misterios de sus generales
decidió volar en busca de otros reinos más normales.

Él sentía que el golpe se gestaba entre los arrabales.
De ahí que ordenó a sus militares
acabar con estos lugares.

Pensando que, entre sus altos rangos, cubriría su imperio
de tantos males,
no imaginaba que, a su lado, la avaricia alimentaba nuevos
criminales;
impacientes, esperaban el momento que, al acabar con él,
se asirían por fin ellos al poder.

Viendo el vil e injusto ataque
desde la oposición del pueblo consolidarse,
decidió no conformarse
y aunque contra este solo tuviese que levantarse,
estaba seguro de que la chusma de sí misma requeriría que la
libertase.

Nada importaba que sus generales,
lugartenientes, escoltas personales
o los policías ilegales
no siguieran ciegamente sus planes.

Así que, negando todas sus realidades,
vistió sus atuendos militares;
sobre la casaca toda la indumentaria para matar
y atrincherado, tras una ventana, comenzó contra la turba a
disparar.

IV

La gente ya no tuvo miedo de morir
si eso significaba erradicar la dictadura de raíz;
que la opresión de un pueblo no se volviera a repetir,

para que la indiferencia no los alejase sin sentir
el sufrimiento de quienes buscaban a sus hijos sin un solo
segundo desistir.

Estaban plenamente dispuestos a entregar sus vidas para que la
dictadura lograra
ser abolida,
ya estaban agotadas todas las vías,
no quedaba ninguna otra salida,
era necesaria la estampida.

Los cuerpos, unos sobre otros, se empezaron a acumular,
formando una suerte de escalera cadavérica que les permitió
llegar
hasta el infame e ignorante que casi logra con un continente
entero acabar;
el primero en entrar por la ventana quiso la venganza solita tener
estrujarlo con sus manos hasta más no poder;
hacerle pagar, por lo menos, un muerto con cada golpe.

Los siguientes en subir
estaban muy dispuestos a compartir;
lo alzaron en hombros, un gran Dictador se debió sentir.

La multitud no paraba de rebullir,
todos querían una parte del desquite para sí;
por eso, fue aventado por la resistencia desde allí.

Flotando imponente entre cadáveres,
se acordó de cada uno y todos sus males,

se creyó plenamente dios entre mortales;
no entendía cómo su pueblo aun no lo adoraba
y, después de tanto amor y paternalismo, de este modo le
pagasen.

Al intento de ponerse en pie,
se abalanzaron sobre él
con picos, piedras y machetes
para destrozarle.

Entre el escándalo de la turba, sus oídos percibieron:
¡Fuera dictador!
¡Fuera dictador!
¡Muerte al dictador!

Al rodar su cabeza por los suelos...
Un pie acercándose fue lo último que sus ojos vieron.